

## Domingo 19: Cristo en la Plenitud de Su Gloria

### Preguntas y Respuestas 50-52

Lectura: Apocalipsis 1

Salterios:

Primero: 183:1,2

Segundo: 283:5

Tercero: 266:1-3

Cuarto: 200:2

Último: 413:1,2

Querida congregación,

Cuando una novia y un novio están de pie ante el rostro de Dios y de Su iglesia en el día de su boda, llega el momento en que se les pide que se tomen de las manos. ¿Qué mano se dan el uno al otro? La mano derecha, la mano de comunión y fidelidad. Cuando estos jóvenes unen sus manos, prometen aceptarse en amor y permanecer en fidelidad hasta que la muerte los separe. Dar la mano derecha es, por supuesto, solo un símbolo, pero tiene un significado profundo. La mano derecha es la mano de aceptación y comunión.

En Apocalipsis 1, también escuchamos acerca de una mano derecha. En este caso, no de un ser humano, sino de Aquel que se sienta en el trono y que reina supremamente. Un novio y una novia terrenales están de pie uno al lado del otro, pero aquí es el Esposo celestial, Jesucristo, quien viene al apóstol Juan. Cuando el Señor Jesús se revela en Su gloria y poder, Juan está tan abrumado que no puede permanecer de pie. Él cae como muerto ante los pies de Cristo. Pero entonces leemos en la Palabra de Dios: *“Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas; yo soy el primero y el último, y el que vivo y estuve muerto; y he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves del infierno y de la muerte”* (Apocalipsis 1:17-18). No fue la mano izquierda de Jesús la que lo fortaleció y lo levantó, sino Su diestra.

Además de eso, el apóstol del amor recibe una tarea. Él debe escribir las cosas que ha visto y enviarlas a las iglesias. Recibe un mensaje para la iglesia militante aquí en este mundo. Se le permite consolar a esa iglesia con la gloriosa verdad de que la diestra del Señor es exaltada. En otras palabras, el Príncipe de la Vida destruirá a Sus enemigos y librará a Su pueblo. Él es el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin.

Ese mensaje, congregación, es también el mensaje entregado por el Catecismo de Heidelberg. Que el Señor nos bendiga al dar nuestra atención al contenido de nuestro Catecismo, en el Domingo 19. Leamos las Preguntas y Respuestas 50 a 52.

**Pregunta 50:** ¿Por qué se añade: “está sentado a la Diestra de Dios Padre todopoderoso”?

**Respuesta:** Porque Cristo subió al cielo para mostrarse allí como cabeza de Su Iglesia, por quien el Padre gobierna todas las cosas.

**Pregunta 51:** ¿De qué nos sirve esta gloria de Cristo, nuestra cabeza?

**Respuesta:** Primero: Para que el Espíritu Santo derrame en nosotros, Sus miembros, los dones celestiales. Y segundo: para protegernos y ampararnos de todos nuestros enemigos.

**Pregunta 52:** ¿Qué consuelo te ofrece la vuelta de Cristo para juzgar a los vivos y a los muertos?

**Respuesta:** Que en todas las miserias y persecuciones, con plena confianza, espero del cielo, como Juez, a Aquel mismo que primeramente se puso delante del juicio de Dios por mí y alejó de mí toda maldición; el cual echará a todos los enemigos Suyos y míos en las penas eternas; y a mí, con todos los elegidos, me conducirá al gozo del cielo y a la gloria eterna.

El Domingo 19 nos habla acerca de:

### **Cristo en la Plenitud de Su Gloria**

1. Como Aquel que está sentado a la diestra de Dios
2. Como Aquel que está de pie como Cabeza de la iglesia
3. Como Aquel que vendrá para juzgar a los vivos y a los muertos

Así, consideramos: Cristo en Su Plena Gloria. Primero, como Aquel que está sentado a la diestra de Dios (Pregunta 50); en segundo lugar, como Aquel que está de pie como Cabeza de la iglesia (Pregunta 51); y, en tercer lugar, como Aquel que vendrá para juzgar a los vivos y a los muertos (Pregunta 52).

Congregación, estamos llegando a los últimos pasos de la exaltación de Jesús. Cuando hablamos de pasos, podemos pensar en una escalera por la que alguien sube cada vez más alto. Así sucedió con el Señor Jesús después de Su humillación. Se levantó de la tumba, subió al cielo y tomó Su asiento a la diestra de Su Padre, esperando Su regreso para juzgar a los vivos y a los muertos. Él asciende a una majestad cada vez más gloriosa. El primer paso de Su exaltación fue Su resurrección, en otras palabras, Su absolución por el Padre y Su liberación de la cárcel. El siguiente paso fue Su ascensión —el regreso del Hijo de Dios a Su hogar. El tercer y cuarto paso se encuentran aquí en el Domingo 19, pasos que elevan a Cristo a la más elevada gloria y honra.

En primer lugar, vemos que sube al trono de Dios y está sentado a la diestra de Dios. El Cristo exaltado administra el gobierno en virtud del beneplácito del Padre. Luego, está el último paso de la exaltación de Jesús: Su regreso para juzgar a los vivos y a los muertos. Ese último paso en

realidad no añade nada a la gloria de Cristo, pero sí hará que esa gloria resplandezca en todo su esplendor ante el mundo entero. El reino de Dios vendrá con poder, mientras Satanás, junto con todos los impíos, serán borrados de la faz de la tierra.

Ahora bien, ¿cuál es la maravilla de esos dos últimos pasos? Nuestro Catecismo de Heidelberg explica que todo lo que concierne a estos pasos es *para el bien de la iglesia*. Ustedes quizá recuerden estas palabras del Domingo 18, donde aprendimos: “Que Cristo, a la vista de Sus discípulos, fue elevado de la tierra al cielo, y que está allí para nuestro bien”. Ese es el lenguaje de fe. Él vive allí, Él intercede, Él continúa Su obra, Él gobierna, y, un día, Él volverá, pero todo es “para nuestro bien”, como dice el Catecismo.

Eso también fue el caso en cuanto a Su resurrección. Cuando Cristo resucitó de entre los muertos, los hijos de Dios fueron vivificados junto con Él. Lo hizo para Su bien. Cuando Él ascendió al cielo, les dio un lugar en el reino celestial. Otra vez, lo hizo para su bien. Y ahora, el hecho de que esté sentado a la diestra de Dios y de que regresará sobre las nubes del cielo también es para el bien de los suyos.

Congregación, es por eso que el tono del Domingo 19 se vuelve cada vez más tierno. Primero, recibimos una explicación de lo que *significa* el hecho de que esté sentado a la diestra de Dios. Luego, en la respuesta a la segunda pregunta, escuchamos acerca del *beneficio* de que esté allí. Finalmente, el Domingo 19 habla del *consuelo* de Su victoria final. Es el mismo tono que hemos oído en la pregunta del Domingo 1: “¿Cuál es tu único consuelo tanto en la vida como en la muerte?” Otra vez se hace evidente que nuestro Catecismo de Heidelberg es un libro de consuelo. ¡Cuán grande es si podemos leerlo de esa manera! ¡Cuán especial si no solo contemplamos estos asuntos con nuestra mente, sino que los recibimos con un corazón quebrantado y un espíritu contrito! Hay un consuelo maravilloso en la verdad de que Jesús está sentado a la diestra de Su Padre y en la expectativa de Su regreso.

### **Primer pensamiento. Como Aquel que está sentado a la diestra de Dios.**

Cristo Jesús se sienta a la diestra de Dios. ¿Hay una conexión entre Su ascensión y Su estar sentado a la diestra del Padre? Sí, la hay. Hay también una distinción entre los dos. Cuando Jesús ascendió al cielo, lo hizo para estar sentado en el trono de Dios. La ascensión es de una vez y para siempre. Está en tiempo pasado: “Él subió”. Sin embargo, que Cristo está sentado a la diestra de Dios, es un hecho que continúa. Él “está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso”. Eso está en tiempo presente. Él subió, y *está* sentado. Son dos cosas.

La ascensión al cielo no lleva automáticamente a estar sentado a la diestra de Dios. Hay dos personas en el Antiguo Testamento que también ascendieron al cielo. Niños, ¿saben sus nombres? Esas personas eran llamadas Enoc y Elías. No murieron, sino que fueron directamente

al cielo. Sin embargo, ¿tomaron su asiento a la diestra de Dios? No. Esa es la diferencia con el Señor Jesús. Cuando *Él* ascendió al cielo, recibió un lugar a la diestra de Su Padre celestial.

Quizá se pregunte si Dios tiene *una mano* como la tenemos nosotros. No, no la tiene. Esto es simplemente una forma humana de hablar acerca de Dios. *“Dios es Espíritu; y los que lo adoran, en espíritu y en verdad es necesario que lo adoren”* (Juan 4:24). ¿Qué, entonces, significa la mano de Dios de la que habla la Biblia? No es tan difícil de entender. Supongan que *no* tienen una mano, ya sea porque nacieron sin manos o porque han perdido una mano. ¡Entonces sería incapaz de muchas cosas! O imaginen que tienen las manos atadas. ¡Entonces se sentiría muy impotente! Pero esto nunca es el caso con Dios. Él nunca es incapaz ni impotente. Él es el Dios Todopoderoso. Es por eso que la Biblia habla de la mano de Dios. Es un símbolo de Su poder: *“La diestra de Jehová es sublime; la diestra de Jehová hace proezas”* (Salmo 118:16).

¿Dónde se sienta Cristo? Él está sentado *“a la diestra de Dios Padre todopoderoso”*. ¿Por qué no a Su mano *izquierda*? Les damos dos ejemplos de la Biblia. En primer lugar, piensen en el rey Salomón. Cuando Betsabé vino a él, el rey se puso de pie para demostrar respeto por su madre. Le dio la bienvenida y un asiento al lado derecho de su trono. ¿Por qué lo hizo? Fue para honrarla. La diestra de uno es el lugar de honor. Es también la mano de hermandad. Piensen en Pablo. Leemos en Gálatas que él recibió *“la diestra de compañerismo”* (Gálatas 2:9). Pablo solía ser un lobo rapaz, un perseguidor de la iglesia. Nadie podía ni pensar que él sería convertido. Así que, cuando sucedió, muchas personas no confiaban en él. Dudaban si era sincero. Por eso, cuando vino a Jerusalén, amigos como Bernabé tuvieron que presentarlo a los apóstoles. Cuando Bernabé explicó lo que había sucedido en el camino a Damasco, el Señor puso Su sello sobre ello. Entonces los apóstoles sintieron en sus corazones que en verdad era la obra de Dios, y le extendieron su diestra. Con este gesto, le dijeron: *“Pablo, te damos la bienvenida. Queremos estar en hermandad contigo”*.

¿Ahora entienden por qué la Biblia dice que Jesús se sentó a la diestra de Dios? Significa que Él ha recibido el lugar de honor, como también el lugar de comunión y favor. Oh, lo decimos con profunda reverencia: cuando el Señor Jesús entró al cielo el día de Su ascensión, Dios estaba allí para darle la bienvenida. El Padre dijo, por así decirlo: *“¡Bien hecho, Hijo mío! La obra que te di que hicieras está acabada”*. Dios lo aceptó y le dijo: *“Ven, y ‘siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies’”* (Salmos 110:1). El Padre abrazó a Su Hijo y le dio el lugar de favor, poder y honra.

El Señor Jesús ahora está *sentado* a la diestra de Dios. Ya no necesita estar de pie. Como Su obra en la tierra está cumplida, puede sentarse. Para un rey, sentarse es una señal de su autoridad y un símbolo de su dignidad. De la misma manera, el Rey Jesús está ahora sentado en Su trono. Él debe reinar hasta que todos Sus enemigos se hayan sujetado a Él. Cristo *se sienta* a la diestra de Dios. Los sacerdotes del Antiguo Testamento estaban de pie. Entraron al templo para sacrificar

la sangre de los animales, pero nunca acababan. El Señor Jesús, sin embargo, acabó Su obra. Por eso puede sentarse.

Al mismo tiempo, Su obra continúa. Ya no tiene que morir como Sacerdote, pero sigue reinando como Rey. Es a través de Cristo que el Padre gobierna el mundo. Dios ha puesto las riendas de Su gobierno en las manos perforadas de Su Hijo. No, el Padre no ha abandonado Su gobierno, pero se lo ha encomendado al Mediador. Solo piensen en José en Egipto. José no era el rey de Egipto —ese era Faraón—, pero Faraón le encomendó todo a José. El hijo de Jacob era el gobernador, el virrey; gobernaba en nombre del rey para el bien del pueblo; sí, para el bien del pueblo de Dios. Todo fue puesto en sus manos. Así, el Señor Jesús puede decir: *“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”* (Mateo 28:18). El beneplácito del Padre prosperará en la mano del Mediador. Él ha recibido la posición de honor, favor y poder.

¿Cómo hace uso de ese poder? Escuchen: no solo derrocando y castigando a Sus enemigos, sino también reuniendo y preservando Su iglesia. Él sigue convirtiendo a los pecadores, incluso hoy. Si esto no fuera verdad, el mundo habría cesado de existir. El Señor aún tiene otras ovejas que no son de este redil, y Él dice: *“También a ellas debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor”* (Juan 10:16). El número aún no está completo. Hay aún almas bajo el sello de la elección de Dios. Cristo está usando Su gran poder para traerlas, una por una.

Congregación, ¿puedo preguntarles algo? ¿Ya han venido bajo el cetro de este gran Rey? ¿Han sido obligados a dejar sus armas, o aún son siervos del diablo? ¡Cuán pobres son, si ese es el caso, porque el diablo es un amo muy duro! Si no han aprendido a separarse de él, están obligados a servirle para siempre. Cuando el mercado de la gracia gratuita se haya cerrado, ya no habrá más oportunidad de hallar gracia para su alma. Oh, supliquen por esa mano derecha de misericordia. El Señor tiene derecho sobre sus vidas. Pídanle que cambie sus corazones.

¿Por qué es eso tan necesario? Déjenme darles una ilustración. Es posible vivir en un país sin conocer al jefe de Estado, ya sea un presidente, un primer ministro o un rey. Quizá conozcan al jefe de Estado sin tener simpatía por él o sin mostrar lealtad hacia su país. Incluso pueden cantar el himno nacional, pero si lo hacen solo con los labios, no lo hacen en verdad. ¿Ven el punto? ¡Cuán triste es si cantan los salmos de la Palabra de Dios y llevan la marca del Rey sin sentir ningún amor en su corazón ni demostrar ninguna obediencia en su vida! ¡Cuán terrible será si tienen que comparecer ante el Rey de reyes en tal condición! Vengan; búsquenlo antes de que sea demasiado tarde. ¡Es tan bueno huir al Rey con un llanto en su corazón: *“Y si perezco, que perezca”* (Ester 4:16), y entonces experimentar que el cetro de gracia se extiende hacia tal rebelde!

Congregación, ¿cómo se puede ver que alguien realmente ha llegado a ser un súbdito del Rey Jesús? Tales personas no solo lo buscarán como su Salvador sino también como su Rey. No

pueden separar las dos cosas. No pueden decir: “Quisiera ir al cielo, y quisiera que se me perdonaran los pecados, pero no quiero dejar mis malos caminos”. Eso es imposible. Cuando el Señor obra en el corazón de un pecador, nacerá un deseo de la remisión de la culpa y la liberación del pecado. Entonces el pecador dice: “Oh Señor, cuán grande sería si esa carga de mi culpa me fuera quitada”. Pero entonces también habrá un anhelo de ser renovado por Su Espíritu, para ser conformado a la imagen del Rey.

¡Cuán felices son las personas que saben aclamar a este Rey exaltado! Él es exaltado según Su naturaleza humana. Su naturaleza divina no puede ni necesita ser exaltada. Es Su naturaleza humana la que ahora es exaltada. La última vez, escuchamos que la naturaleza humana de Cristo no es deificada; permanece siendo una naturaleza humana. Esta vez, aprendemos que en la ascensión de Cristo esa naturaleza humana es llevada al honor más alto pensable. El Padre le dio un Nombre *“que es sobre todo nombre, para que al de Jesús se doble toda rodilla ... y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor”* (Filipenses 2:9-11). La gloria de Su naturaleza divina resplandece en todo su esplendor, pues Él ya no es más un siervo en el estado de humillación. Él dijo: *“Ahora pues, Padre, glorifícame tú a tu lado mismo con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuera”* (Juan 17:5), y esta oración fue contestada desde lo alto.

Así que, al hablar de Cristo en la plenitud de Su gloria, lo hemos considerado en primer lugar como Aquel que está sentado a la diestra del Padre, pero ahora deseamos verlo como Aquel que está de pie como la Cabeza de la iglesia. Ese es nuestro segundo pensamiento.

### **Segundo pensamiento. Como Aquel que está de pie como la Cabeza de la iglesia.**

Congregación, Cristo Jesús no solo es el Rey de la tierra sino también la Cabeza de la iglesia. En la respuesta a la Pregunta 50, leemos que “el Padre gobierna todas las cosas” por Cristo. La Pregunta 51, sin embargo, pregunta: “¿De qué nos sirve esta gloria de Cristo, nuestra cabeza?” En otras palabras, Jesucristo es el Rey de todo (nuestro primer punto), pero Él también es la Cabeza de Su iglesia (nuestro segundo punto). Él está *sentado* como el Rey de este mundo, pero está *de pie* como la Cabeza de Su cuerpo espiritual.

Eso quiere decir que Su poder real debe servir a Su iglesia. La historia de este mundo, con todo su ruido y confusión, debe servir a la historia de la iglesia de Dios. La iglesia viva es el corazón de todo porque Dios quiere glorificarse en Su pueblo. ¿Podemos verlo siempre? Cuando escuchamos de guerras y derramamiento de sangre, y cuando vemos cómo Satanás anda alrededor como león rugiente, entonces vemos muy poco de todo ello. Sin embargo, eso no fue diferente en tiempos pasados. Piensen solamente en el tiempo de la reina Ester. Cuando el rey estaba por exterminar todo el pueblo judío en su imperio, ¿se podía ver entonces que Cristo estaba en control como Cabeza de Su iglesia? ¡De ninguna manera! Solo el ojo de fe podía verlo.

Sin embargo, el Señor estaba obrando en los días de la reina Ester, y al final pude verse que Él había dirigido todo para Su gloria desde el principio.

Congregación, vemos tan poco de ello porque tenemos ojos cerrados y entendimientos entenebrecidos. Sin embargo, el Señor se mueve de forma misteriosa para cumplir Sus maravillosas obras. Es igual con el bordado; cuando se mira una pieza de bordado desde arriba, verá un patrón claro, un patrón hermoso, pero si la mira desde abajo, apenas puede ver hacia dónde van todos esos hilos. Esto también es cierto con respecto a los caminos de Dios en la historia de la humanidad y Su iglesia. No vemos el patrón. Dios lo ve desde arriba, pero nosotros lo vemos desde abajo. Cuando el pueblo de Dios puede ver un poco de ello por la fe, exclaman: “¡Santas son tus sendas, oh, Dios!” Oh, cuando pueden contemplar al Cristo exaltado, lo adoran por fe y reciben un dulce consuelo para su alma.

“¿De qué nos sirve esta gloria de Cristo, nuestra cabeza?” La respuesta en nuestro Catecismo dice: “Primero: Para que el Espíritu Santo derrame en nosotros, Sus miembros, los dones celestiales. Y segundo: para protegernos y ampararnos de todos nuestros enemigos.” Él derrama, Él protege y Él ampara —tres verbos que muestran que Cristo está activo y alerta. Él que guarda a Israel no se adormece ni duerme (Salmo 121:4). Él derrama, Él protege y Él ampara. No solo se sienta, sino que está de pie y vela sobre Su redil. Él sigue adelante con Su obra y no cesa de servir a Su pueblo.

Nuestro Catecismo dice que está allí “para que el Espíritu Santo derrame en nosotros, Sus miembros, los *dones celestiales*”. Cristo administra estos dones a través de Su Espíritu Santo. El Espíritu Santo ya es un Don, el Don que Cristo derramó en el día de Pentecostés, diez días después de Su ascensión. En segundo lugar, está la Palabra de Dios. En Apocalipsis 1, Cristo dice: “Escribe esto, Juan, y envíalo a las iglesias”. Las siete cartas, sí, el libro entero de Apocalipsis, es un don. La Biblia entera es un don celestial. Es la Palabra de Dios encomendada a nosotros. ¿La valoramos? ¿La leemos y escudriñamos? ¿La atamos a nuestros corazones y la mojamos con nuestras lágrimas? Esa preciosa Palabra es un don de lo alto, un don celestial.

Además, están los siervos de Dios y los demás hombres que llevan oficios en la iglesia. Efesios 4 dice que Aquel que descendió primero también subió al cielo y dio dones: apóstoles, profetas, evangelistas y pastores y maestros. Así, los predicadores del evangelio son dones de Cristo. Es un don celestial cuando el Señor llama y envía a un siervo para proclamar Su Palabra.

Otro don o gracia es el arrepentimiento. En Hechos 5, leemos que Cristo ha sido ensalzado por Dios como Príncipe y Salvador para dar a Israel arrepentimiento y remisión de pecados (versículo 31). El arrepentimiento es un don celestial, no el arrepentimiento fabricado por el hombre —eso es algo que podemos hacer por nosotros mismos. El verdadero arrepentimiento es un don

otorgado por el Señor. Es dado, no solo a los judíos, sino que, según Hechos 11, también a los gentiles. La salvación es posible para el más grande y vil de los pecadores.

Uno de los dones más grandes es la paz con Dios. Es una gracia maravillosa cuando mi corazón quebrantado y mi conciencia herida son rociados con la sangre de Cristo. Es un don celestial cuando el Señor dice: “Hijo mío, tus pecados te son perdonados. Los quito como nube de la mañana.” ¿Hay un don más grande? ¿Puede imaginar un don más grande que la paz con Dios?

Un caminar tierno en el temor del Señor también es un don de lo alto. Leemos que Simón de Cirene fue obligado a seguir a Jesús, ¡pero qué bendición resultó ser! Más tarde, seguramente bendijo el día en que el Señor puso Su mano sobre él, porque en ese día fue resucitado a la vida. Un nuevo hombre nació, y el viejo hombre comenzó a morir. El temor del Señor fue plantado en su corazón.

Los dones celestiales son para la edificación de la iglesia. Romanos 12 y 1 Corintios 12 nos hablan acerca de los dones especiales o dones espirituales. Estos *dones del Espíritu* son distribuidos entre los miembros de la iglesia para que, como miembros del cuerpo de Cristo, puedan servirse unos a otros. En Gálatas 5 leemos acerca del *fruto del Espíritu*, es decir, amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza.

¡Congregación, cuán múltiples son estos dones! ¡Cuán grande es esa plenitud que nunca puede agotarse! Oh, supliquen al Señor que puedan participar de ella. Hay una plenitud tan abundante en este Rey exaltado, que se sienta a la diestra de Dios y está de pie como Cabeza de la iglesia para derramar estos dones celestiales. Son dones *celestiales* porque son celestiales *por naturaleza*, porque fluyen *del* cielo y porque preparan al pueblo de Dios *para* el cielo. Son dones derramados por Cristo, que no se olvida de Sus miembros en este mundo, sino que hace que ellos sean partícipes en Su gloria.

“¿De qué nos sirve esta gloria de Cristo, nuestra cabeza?” Un segundo beneficio que nos es mencionado por nuestro Catecismo es este: “para protegernos y ampararnos de todos nuestros enemigos”. La iglesia de Dios vive en medio del territorio del enemigo. Aunque el Señor está en el trono, Satanás busca dañar, destruir y confundir. La Cabeza de la iglesia dice: “*En el mundo tendréis aflicción*” (Juan 16:33). “*Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán*” (Juan 15:20). ¿Qué sería de esta iglesia si Jesús no estuviera en el trono para el bien de Su pueblo? Él los protege y ampara de todos sus enemigos, es decir, del mundo con sus tentaciones, del diablo con sus ataques y de nuestra carne con sus corrupciones. ¡Oh, Él la protege y ampara de todos esos enemigos!

Hay una batalla llevándose a cabo, congregación. Espero que puedan comprender lo que significa estar involucrados en esa lucha. Esos soldados espirituales ya no pueden vivir como lo

solían hacer, porque el Señor los ha despertado de la tumba del pecado. Entran al campo de batalla con una carga de culpa sobre sus espaldas. ¿Cómo es posible que no perezcan en ese tiempo cuando aún no han encontrado la paz con Dios? No pueden considerarse parte del pueblo de Dios, y se sienten tan inconversos, pero ya no se sienten en casa en este mundo. Tienen tantos enemigos y están por su propia cuenta. La muerte se ha atado a sus corazones, y no conocen a Jesús. No tienen lugar de refugio, y a menudo carecen de esperanza. ¿Por qué no se hunden en la desesperación? Es porque hay Uno que los defiende, aunque no lo vean. Hay Uno que los preserva, incluso en esos días oscuros. Él cuida de los corderos de Su redil y vela por ellos. Ni uno de ellos será arrebatado de la mano de Cristo ni de Su Padre. Él los protege y ampara de todos sus enemigos.

Qué beneficio es cuando estas almas luchadoras pueden ver algo de Cristo. Qué gran bendición es cuando son guiadas a la Ciudad de Refugio para hallar amparo en las heridas de Cristo. ¡Qué maravilla eterna cuando su culpa les es quitada! Entonces pueden probar algo del favor celestial de Dios y regocijarse en Él. Pero, ¿quiere eso decir que toda su lucha ha terminado? No, pueden preguntar al pueblo de Dios acerca de ello. Aquí, su lucha siempre continuará. Oh, esa lucha puede ser tan feroz que a veces temen que perecerán al final. Nunca lo habían pensado de esa manera. Cuando dieron sus primeros pasos en el camino de la vida y otros les dijeron: “Bienvenidos a la lucha”, no entendieron lo que eso significaba. Ahora comienzan a entenderlo poco a poco. En sí mismos, no tienen poder ni defensa. Sin embargo, Cristo está en el trono, y Él protege a Su pueblo. Ese es el beneficio del glorioso hecho de que Cristo es la Cabeza de la iglesia. Él está de pie para derramar Sus dones y proteger a Su pueblo de todos sus enemigos.

Él es la *Cabeza* de la iglesia. Hay una profunda y duradera unidad entre Cristo y Su pueblo, entre la Cabeza del cuerpo y los miembros del cuerpo. En Efesios 5, Pablo compara esta unidad con la que hay entre un hombre y su esposa. No hay una unidad más estrecha que la de un esposo atento y una esposa amorosa. En Génesis 2:24 leemos: “*y serán una sola carne*”. Cristo es el Esposo, y Su iglesia es la esposa espiritual. La Cabeza de la iglesia no puede ser separada de los miembros que forman Su cuerpo. Él siempre permanecerá fiel a ellos.

La designación “Cabeza” muestra que Él es quien tiene el control y que debe ser obedecido con una obediencia como de un niño y una sumisión humilde. Ese título también muestra que Él protege a Su pueblo. Allí es donde el Domingo 19 pone el énfasis. Como la Cabeza de la iglesia, Cristo defiende a Su pueblo de todos Sus enemigos y los de ellos. ¡Oh, este Rey lleno de gracia hace todo por los Suyos —todo!

¿Quiere decir que el pueblo de Dios ahora puede cruzar los brazos y relajarse? No, en absoluto. Pero quiere decir que Él viene en Su ayuda. Los lleva a Su arsenal para equiparlos para la batalla. Prepara a sus manos para la batalla y sus dedos para la guerra. Vengan, cantemos de este gran y glorioso Rey de la segunda estrofa del Salterio 200.

\* \* \* \* \*

### **Tercer pensamiento. Él viene para juzgar a los vivos y a los muertos.**

Nuestro último pensamiento es acerca del último paso de la exaltación de Jesús: Su venida para juzgar a los vivos y a los muertos. No solo *se sienta* a la diestra de Dios, no solo *está de pie* como la Cabeza de la iglesia, sino que también *vendrá* como el Juez de los vivos y de los muertos.

No sabemos cuándo sucederá eso. El Señor Jesús dijo: *“Mas acerca de aquel día y hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino mi Padre solo”* (Mateo 24:36). En respuesta a la pregunta de Sus discípulos: *“Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?”*, Él dijo: *“No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones que el Padre puso en su propia potestad”* (Hechos 1:6-7). Así que, no deberíamos calcular o intentar adivinar cuándo Cristo regresará. Aquellos que lo han hecho siempre se han equivocado. Eso no es de sorprender, dado que Jesús mismo dijo que nadie sabe acerca de aquel día.

Sin embargo, sí deberíamos considerar las señales de los tiempos mencionadas en la Palabra de Dios. Debemos prestar atención a lo que sucede en nuestro mundo hoy y abrir nuestras Biblias con oración para poder saber qué hora es en el reloj de Dios. El Señor Jesús habló de guerras y rumores de guerras, de pestilencia y hambres, de la disminución del amor y el aumento de la iniquidad, y dijo que estas cosas eran solo el comienzo de los dolores del fin de los tiempos. De manera especial, Él también advirtió de falsos profetas y cristos.

Pero hay dos señales en particular, a las cuales deberíamos prestar nuestra atención. Una es la obra de misiones. En Mateo 24, dice que primero el evangelio del reino debe ser predicado entre todas las naciones y luego vendrá el fin. ¿Sabe usted de países y lugares en este mundo donde aún no se ha escuchado el evangelio? Quedan pocos lugares así. La Palabra de Dios está siendo compartida por todo el mundo y, poco a poco, pero con seguridad, está llegando a los confines de la tierra. Esa es una señal muy clara de que nos estamos acercando al fin.

Luego hay otra señal que debería captar nuestra atención. Es la manera en que el Señor está tratando con Su antiguo pueblo del pacto —el pueblo de Israel. Las profecías dicen que la ley saldrá de Jerusalén y la Palabra del Señor de Sion (Miqueas 4:2, Isaías 2:3), y así sucedió en el día de Pentecostés. Cuando el evangelio haya ido de país a país y haya llegado a todas las naciones, cuando Dios haya recogido a muchos de Sus escogidos de cada tribu y nación, entonces Su Palabra volverá a su origen, a Jerusalén. En Romanos 11:15 leemos que, si el rechazo de los judíos es la reconciliación del mundo, ¿qué será su recibimiento, sino vida de entre los muertos? ¡Presten atención a esto! ¡El tiempo de la conversión de los judíos se está acercando! Ese gran evento será una de las últimas señales precediendo el regreso de Cristo y el Día del Juicio.

Alguno podría preguntar: “¿No toma lugar ya ese juicio en la hora en que morimos?” La respuesta es “Sí”. En el mismo momento en que morimos, seremos juzgados. El mismo momento en que exhale mi último aliento, seré puesto ante el tribunal de Dios, y entonces mi alma será juzgada. Pero ese juicio personal no es lo que estamos considerando aquí. El Domingo 19 habla acerca del juicio público que ocurrirá cuando Cristo venga en las nubes y cuando todas las naciones y pueblos estén ante Él. Para el individuo, este juicio no será diferente del juicio que experimentó al morir. En otras palabras, si después de su muerte usted es enviado al infierno, no espere ser enviado al cielo en el último día. Si, por el contrario, después de su partida, usted es llevado al cielo, no será echado al lago de fuego en ese gran día. Será uno y el mismo juicio, pero el último juicio será público, y será llevado a cabo no solo en cuanto a nuestra alma sino también en cuanto a nuestro cuerpo. El Señor Jesucristo “vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos”.

Congregación, niños y niñas, ¿cómo se relacionan con eso? ¿Les consuela o les asusta considerarlo? Escuchen la pregunta de nuestro Catecismo de Heidelberg: “¿Qué consuelo te ofrece la vuelta de Cristo para juzgar a los vivos y a los muertos?” No, la pregunta no es: “¿Qué puedes contarme acerca de ello?” Podemos saber mucho con nuestra cabeza y, a pesar de todo eso, permanecer ajenos a la gracia. Entonces no hay ningún consuelo en el regreso de Cristo. Más bien, es un pensamiento que nos debería hacer temblar. Cada día nos lleva un paso más cerca al Día de Juicio, ¿y luego...?

Conozco a un joven que no contribuía a la obra misionera porque temía que esto ayudara a que la Palabra de Dios llegara a los confines de la tierra. No quería contribuir a su propia ruina eterna. El pensamiento del Último Día le llenaba de temor y horror. Y sí, para una persona inconversa, no hay ningún consuelo en ello. Sin embargo, ese joven olvidó una cosa: aún es el día de la gracia, tanto para el pagano como para una persona de la iglesia. Jóvenes en medio de nosotros: Aquel que será su Juez aún es el Salvador. Él los busca; Él los llama. *“La voz de Dios escuchemos, Paz y perdón ofrece; Si el alma endurecemos, encontramos la muerte”* (Salterio 255:4). Oren por las personas alejadas, contribuyan a la obra de misiones; sin embargo, al mismo tiempo, clamen al Señor que salve su alma y los prepare para el Día del Juicio.

Para el pueblo de Dios, el regreso de Cristo es motivo de consuelo. Ah, ellos conocen el dolor en sus vidas —dolor por el pecado, dolor por la persecución y dolor por sus muchas derrotas. Todo ello puede causarles una gran angustia. Si se miran a sí mismos, no hay ningún consuelo en el pensamiento de que el Señor Jesús regresará. Pero si pueden levantar la mirada hacia su Salvador, tienen razón para esperar.

¿Qué dice el instructor? Él tiene un fundamento para creer que el regreso de Cristo será para su eterno beneficio. Por eso, el pensamiento del regreso de Jesús le llena de gozo. ¿Qué eso lo que

le consuela? ¡Escuchen! “Que en todas las miserias y persecuciones, con plena confianza, espero del cielo, como Juez, a Aquel mismo que primeramente se puso delante del juicio de Dios por mí y alejó de mí toda maldición; el cual echará a todos los enemigos Suyos y míos en las penas eternas; y a mí, con todos los elegidos, me conducirá al gozo del cielo y a la gloria eterna.”

En otras palabras: “No es un extraño quien vendrá a juzgarme, sino mi Esposo; es mi Pariente. Es ‘Aquel mismo que primeramente se puso delante del juicio de Dios por mí’ en la cruz. Es el Varón de dolores que tuvo que decir: *‘Mas yo soy gusano y no hombre’* (Salmo 22:6), Aquel que fue coronado con espinas y que se ha convertido en el objeto de mi amor. ¡Oh, si *Él* me juzgara, entonces mi caso está en buenas manos!” El pueblo del Señor no encontrará a un Dios extraño, ni tampoco un Juez desconocido. Él es su Esposo. Él es Jesús, su Salvador, que ya ha llevado el castigo de Dios por ellos. *“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”* (Romanos 8:1).

“El cual echará a todos los enemigos Suyos y míos en las penas eternas” Fíjense en el orden. No dice: *“Mis enemigos y Sus enemigos”*. En lo más profundo de nuestro corazón, así es como nos gustaría que fuera. No, dice: *“los enemigos Suyos y míos”*. Él los arrojará para siempre. Aquellos que tantas veces han afligido a Su iglesia tendrán que callar. En ese día, el Señor abrazará a Sus hijos y los trasladará a Su reino. Él los promoverá a la gloria eterna. Entonces estarán para siempre en Su presencia y en la presencia de los santos ángeles.

¿Es eso también su deseo, pueblo de Dios? ¡Oh, que su amor y expectativa sean encendidos! Hay consuelo en el regreso de Cristo. Es un consuelo que les dará la fuerza para soportar la cruz y el coraje para resistir al enemigo. Que el Señor les haga experimentar ese consuelo cada vez más.

Sin embargo, ese consuelo no es para todos. Si no conocemos a Cristo, tenemos motivo para temblar. Todas las personas tendrán que comparecer ante Él en ese gran día, tanto los pobres como los ricos, tanto los jóvenes como los mayores. No olviden que el Señor tiene una mano derecha y una mano izquierda. Las ovejas serán puestas a Su diestra, pero los cabritos a Su izquierda. Entonces dirá: *“Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles”* (Mateo 25:41). Amado oyente, búsquelo mientras puede ser hallado. ¿Qué será de usted si tiene que hundirse en esa maldición eterna? No juegue con su alma, sino incline sus rodillas ante Aquel que viene, que ya está en camino. ¿Lo oye? Sus pasos se acercan cada vez más.

¿Cuándo estaremos preparados? Cuando hayamos aprendido a morir antes que morir —cuando ese juicio mencionado en el Domingo 19 ya haya pasado sobre nosotros en la corte de nuestra conciencia. Cuando hayamos sido puestos ante el tribunal de Dios y nuestra boca haya sido silenciada. Cuando debemos clamar: *“¡Perdido, eternamente perdido, y por mi propia culpa!”*

pero cuando el Salvador se revela por Su Palabra y Espíritu y dice: “Yo he muerto por ti, para que no perezcas por la eternidad”. Oh, suplíquenle por una señal de Su favor. Aquel que está viniendo como el Juez es el Salvador de un pueblo pobre y necesitado.

En la isla de Patmos, Juan experimentó este maravilloso favor del Señor Jesucristo. Escuchen lo que dice el apóstol del amor: *“Él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas”* (Apocalipsis 1:17). Por eso aquel pobre exiliado fue levantado de nuevo, por eso pudo proclamar el mensaje de Cristo en toda Su gloria, y por eso pudo llevar este mensaje a casa con esas solemnes palabras: *“He aquí que viene con las nubes, y todo ojo lo verá”* (Apocalipsis 1:7). Amén.

Salterio 413:1,2